

## DESENCUENTROS

Los jóvenes del pueblo lo llamábamos “el estirao”. Su orgullo había quedado maltrecho aquel día que, en una de nuestras correrías por el monte en el otoño del 46, lo encontré herido en una pierna, tirado sobre la hojarasca.

Una ráfaga de odio llenó mi mente. Por la herida que presentaba, deduje que un cartucho de algún compañero de cacería le había alcanzado. “No lo hagas. Por mis hijos, no lo hagas” -él, que, durante la guerra, jamás había tenido un gesto de humanidad, moqueaba y berreaba como un niño. Apretando los dientes, lo desarmé y volví con mis compañeros. “Alguno que se echó una siesta en el monte y con las prisas se olvidó la escopeta y la munición. Cazadores de chicha y nabo, no dan para más” – comenté en tono burlón.

Habían transcurrido treinta años de aquello. No lo había vuelto a ver. Al pasar por mi lado aprecié una sonrisa perversa en la comisura de sus labios. Instintivamente me perdí entre la multitud. A lo lejos pude ver cómo un furgón de la policía y dos fornidos guardaespaldas armados merodeaban vigilantes por el lugar.